

3. Memoria de la excavación del Castillo de Rubicón (abril de 1960)

Por José de C. SERRA-RÀFOLS

La vaguada de los Pozos de San Marcial ofrece una topografía suave. La altura, de pocas decenas de metros, de las pequeñas colinas que la forman, va descendiendo a medida que se aproximan al mar, incluso en relación con la del lecho de la misma vaguada. Llamaremos «barranco» a esta vaguada, para atenernos a la denominación usada en el país, pero este nombre no ha de inducirnos a pensar en una topografía áspera.

En la vertiente izquierda se alza una colina en la que se eleva una cruz sostenida sobre una peana de piedras y que indica la situación de la antigua iglesia, la Catedral de Rubicón. Puede decirse que por esta vertiente es la penúltima elevación en dirección al mar; entre ella y la playa queda otra de altura semejante, en la que no supimos ver resto alguno; en la vaguada que las separa y a 34 m de la cruz, descubrimos un murete de escasa entidad, que la cruza y se extiende en una longitud de 2,60 m, y que puede ser antiguo. Tiene un grosor de 0,70 m y está formado por dos filas de piedras opuestas unas a las otras y con una sola hilada de altura (unos 0,30 m). Son piedras sin escuadrar, pero escogidas en forma que se presentan más o menos careadas, y además casi todas ellas ajenas al lugar.

Los restos de la iglesia

La colina que ocupó la iglesia presenta una plataforma suficiente para una edificación de las dimensiones señaladas en los planos citados en la parte histórica, y que dicen seguir las líneas de la primitiva construcción. En ellos se dibuja una planta rectangular de unos $15\frac{1}{2}$ m de longitud, por algo más de 8 m de latitud, mientras aquélla mide unos 20 m de ancho por 30 m de largo. Pero en ella aflora la roca por todas partes, sin que las catas practicadas diesen el menor resultado. Existe, empero, formando la peana o base de sustentación de la cruz, una masa de piedras dispuestas en forma tendente al cubo, formando un volumen de $2,10 \times 1,60 \times 1,50$ m, más o menos ensambladas con mortero. Entre ellas hay muchas bien escuadradas y con adherencias de mortero más antiguo, y otras encajadas y con restos de pintura, dibujándose vagamente en alguna como letras pintadas muy borrosas e indescifrables. En una exploración exhaustiva no estaría de más deshacer este montón de piedras para ver si en su interior hay alguna labrada o pintada.¹

El cementerio

A espaldas del lugar de emplazamiento de la iglesia, en dirección opuesta al barranco de los pozos, nos dijeron aparecían huesos humanos. Allí, a 20 m aproximadamente de la cruz, en un nivel inferior, existe una leve depresión que queda entre la plataforma ocupada por aquélla y otras cimas bastante más elevadas que quedan en dirección al NE. Siguiendo aquella indicación, practicamos diversas catas; las realizadas a mayor distancia no dieron resultado, pero en la efectuada a la indicada de 20 m, a una

¹ Pero debería de hacerse *sub conditione* de reconstruirlo, ya que sin ello se borraría la última memoria material que recuerda todavía la catedral de Rubicón. La cruz allí erigida es de madera, y en una placa de metal sujeta con clavos se leen las iniciales R D y la fecha de 1868. La sequedad del clima ha permitido la conservación de esta cruz sumamente frágil. Habría que velar para que no desaparezca.

profundidad de 0,30 m, descubrimos un esqueleto bastante bien conservado, puesto extendido boca arriba, orientado de NE a SW. Esta depresión está ocupada por tierra tan arenosa, que puede decirse es arena verdadera, acarreada allí por el viento desde la playa vecina. Así que era arena aquello que cubría el esqueleto, que no estaba protegido por piedra alguna ni iba acompañado por objeto ninguno.

Prolongada la cata hacia el SW, apareció un segundo esqueleto, en condiciones análogas, pero con el cráneo parcialmente aplastado, y tenemos la sensación de que sería fácil descubrir otros, cosa a la que renunciamos, ya que sólo intentábamos comprobar que hubo allí un cementerio, relacionado seguramente con la iglesia, de cuya existencia había ya referencia histórica. *Sobre este cementerio hay que consignar todavía algunas observaciones: las tumbas están abiertas en una capa de tierra ligeramente más compacta que aquella que las cubre, y al excavar se distingue perfectamente el perímetro de las fosas en que han sido depositados los cadáveres; establecido el cementerio en un declive, aunque no sea muy pronunciado, las aguas, caso de discurrir en abundancia en alguna ocasión, fácilmente exhumarían los esqueletos tan sumariamente protegidos, lo que ha acontecido varias veces, según nos refirieron personas del país; estos solos restos no permiten una cronología de las tumbas; por los datos históricos pueden suponerse de tiempos desde la erección de la iglesia hasta el siglo XVII, en que sabemos se prohibían los sepelios, o sea entre los siglos XV y XVII. Como no sea para el estudio antropológico, no creemos de mayor interés excavar esta necrópolis, ya que resulta poco probable que aparezcan en ella objetos que permitan precisiones cronológicas o culturales. Nosotros, faltos de medios para proceder en otra forma, nos limitamos a recoger los cráneos y los huesos largos de los esqueletos descubiertos.

El castillo

El día 28 de abril de 1960, siguiendo las indicaciones históricas mentadas, recorrimos detenidamente los diversos cerros que

forman la vertiente derecha del barranco de los Pozos de San Marcial, frente al ocupado por la cruz indicadora de la iglesia, desde los que quedan ante ella y un poco más arriba, hasta el más próximo al mar, sin encontrar en ellos resto alguno de construcciones. Recogimos todos los fragmentos cerámicos que nos fue dable encontrar, cuatro nada más, todos ellos de aspecto moderno y desde luego ninguno perteneciente a la cultura indígena insular anterior a la conquista europea. Hay que advertir que estos fragmentos son mucho más abundantes en el cauce del barranco que en los cerros, cosa natural por ser aquél mucho más transitado.

Este primer intento nos descorazonó bastante, pero la precisión de los documentos históricos nos obligó a una nueva rebusca. Después de un segundo recorrido negativo, decidimos efectuar unas catas en el extremo del cerro más próximo al mar, encima mismo de la playa, unos 15 m sobre ella, inducidos por dos razones: porque era aquél el lugar que por su situación más se conformaba con aquella que a priori debía tener el castillo, dominando ampliamente la playa, cosa que no se consigue desde los cerros situados más hacia el interior, a pesar de ser unos metros más elevados; por aparecer en él un manto de tierra que aquí ocultaba la roca grisácea deleznable que forma la armazón de estas colinas, que en cambio asomaba descarnada en todas las otras partes del cerro.

Trazamos pues, en él una trinchera cortándolo de levante a poniente, y a poco se puso al descubierto un muro, que estaba totalmente enterrado, conviene decirlo, aunque su parte superior lo quedase muy escasamente (10 a 20 cm). En esta forma se puso a luz del día una construcción incompleta, pero suficientemente expresiva para que se pueda afirmar se trata de los restos casi milagrosamente conservados del castillo de Rubicón, y no los de una construcción corriente, por ejemplo una casa ordinaria.

A pesar de su sencillez, los restos descubiertos superan las de todas maneras acertadas previsiones que sobre lo que podía ser el castillo de Rubicón hizo Rumeu de Armas: «tosco castillete de piedras y barro».¹

¹ ANTONIO RUMEU DE ARMAS, *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*, Madrid, 1947, vol. I, pág. 15.



1.—Roque de Tenegüía, La Palma, visto desde el borde del Volcán de Fuencaliente. Los grabados están en la cara plana superior de lo que emerge del Roque entre las lavas del Volcán

Fot. T. Bravo, Junio 1960



2.—Grupo de espirales en el Roque de Tenegüía

Fot. I., Diego Cuscoy, 1960



3.—Barranco de Tejeleita, Isla del Hierro. Grupo de inscripciones alfabéticas

Fot. L. Diego Cuscoy, 1960



4.—Julan, Isla del Hierro. Grabados

Fot. L. Diego Cuscoy, 1960



5.—«Quesera» del Jameo del Agua, Lanzarote. Las rocas numeradas 1 y 2 son trozos de canales desmontados, núm. 3 la «quesera»

Fot. López Socas, 1960



6.—«Quesera» del Jameo del Agua. Canal tallada en compartimentos. Todavía no retiradas todas las piedras que cubrían la obra

Fot. López Socas, 1960



7. —«Quesera» del Jameo del Agua
Fot. López Socas, 1960



8. «Quesera» de Zonzamas

Fot. Terquis, 1959



9. — «Quesera» de Zonzamas, Lanzarote

Fot. Tarquis, 1950



10.—Torres de Lara, Fuerteventura. Detalle de los cubículos interiores, reservados en el grueso del muro

Fot. Tarquis, 1959



11.—Playa de los Pozos de San Marcial, Lanzarote. Primer término, cerro donde se escondían los restos del Castillo de Rubicón; al fondo, casas y Punta de Papagayo

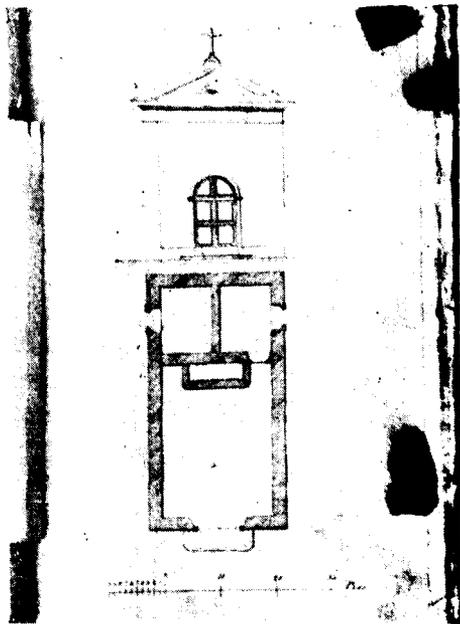
Fot. Tarquis, 1959, antes de la excavación



12. - La Cruz de San Marcial, Rubicón, Lanzarote
Fot. E. Serra, 1959,



14. - Excavación del Castillo de Rubicón, Lanzarote
Fot. J. Serra, 1960



13. Planta y alzado dibujados en 1868 para reconstruir la ermita de San Marcial. Rubicón, Lanzarote. Archivo Parroquial de Yaiza

Fot. Tarquis, 1959



15.—Papagayo, Lanzarote. Casa de la que han sido arrancadas las esquinas de piedra, para reaprovecharlas

Fot. J. Serra, 1960



16.—La zanja que reveló los restos del Castillo de Rubicón, Lanzarote

Fot. J. Serra, 1960



17. Cámara W del Castillo de Rubicón, Lanzarote

Fot. J. Serra, 1960



18. -Cámara E del Castillo y extremo del muro de separación de ambas cámaras

Fot. J. Serra, 1960



19.—Descenso al pozo primero de San Marcial, Rubicón, Lanzarote, cerrado el arco de entrada al aljibe, según se hallaba en 1959

Fot. Tarquis, 1959



20. --Castillo de Rubicón. Muro de separación de las cámaras y escalón de entrada a las mismas

Fot. J. Serra, 1960



21 --Pozo superior de San Marcial. En las piedras interiores se ven señales del roce de las cuerdas.

Fot. J. Serra, 1960



22.--Boca del pozo de San Marcial inmediato al Castillo

Fot. J. Serra, 1960

Se trata realmente de un castillete, o simplemente de una «torre», tal como la denomina el testigo de la *Información* de 1602, que vio sus restos, pero sus piedras están unidas con mortero, ciertamente pobre de cal y abundante en arena, mientras que las paredes estaban enlucidas, también con mortero, pero más fino y descargado de arena. En dos puntos se conservaba este enlucido, realmente muy reducidos, pero suficientes como muestra. Son los indicados con una e) en el plano, en el ángulo NE de la cámara occidental, y en un punto del peldaño de entrada a la oriental.

Lo descubierto es la mayor parte de dos estancias contiguas, de planta cuadrangular, abiertas en toda su anchura por el lado S (exactamente SW), a las que se ascendía por un escalón, formado por una serie de piedras planas, más alto el de la cámara E. No son exactamente iguales, ya que la cámara W mide 3,10 m de ancho \times 2,70 m de fondo, y la E 2,35 m de ancho \times 3,20 m de fondo. El suelo era simplemente de tierra apisonada, cosa la más frecuente en las construcciones de la época, incluso en otras mucho más ricas y edificadas en lugares menos apartados, de clima menos suave y elevadas en condiciones menos azarosas. Los muros, el mejor conservado de los cuales es el que separa las dos estancias, del que se conservan hasta tres hiladas de piedras más o menos escuadradas y puestas con una relativa regularidad, están formados con materiales que en su mayor parte proceden de unas canteras situadas en el barranco llamado de Las Pílas, a unos 10 km de distancia. Con ellas se forman los paramentos externos de los muros, y si éstos no llegan a tocarse, el espacio sobrante se rellena con piedras irregulares, tierra y mortero flojo. El muro central tiene 0,90 m de grueso; de los del fondo y de uno de los laterales sólo se conserva la parte interna, ya que la externa se ha desmoronado, pero siguen la misma técnica de revestimiento de piedras de los paramentos; algunas de ellas han sido arrancadas, pero ha quedado bien visible su asiento. Es muy posible que estos muros externos fuesen de mayor grosor, pero todo su paramento exterior ha desaparecido.

Estimamos que estas estancias descubiertas formaban el núcleo central de la construcción y que, precediéndolas, debía de haber un patio, a un nivel 0,30 m más bajo, que es probable tuviese un muro

de cerca, que ocuparía la anchura de ambas y desde el que se entraría en ellas. Detrás de estas cámaras aflora ya la roca, y si por allí, como es posible, se extendía el castillo, no han quedado restos de él. El grosor de los muros, posiblemente mayor el de los exteriores que el del centro, mejor conservado, tal como hemos dicho, permite perfectamente la cobertura con bóvedas, y para pensar que éste fue el sistema usado tenemos dos motivos: la extremada escasez en la Isla de madera de las dimensiones necesarias, y el uso de bóvedas muy bien construidas, tal como las veremos en el principal de los pozos del barranco, que estimamos contemporáneo del castillo.

¿Sobre el cuerpo formado por las dos estancias descubiertas había simplemente una terraza o se alzaba un cuerpo superior? Nunca lo sabremos, pero no hay que excluir esta segunda posibilidad. En ambos casos lo más probable es que se llegase a la parte alta por medio de una escalera de madera.

La «desaparición» del castillo y de la iglesia

Ahora bien, ¿cómo han desaparecido los restos del castillo y también los de la iglesia? El abandono y subsiguiente ruina del primero debió producirse desde el momento en que, conquistada Fuerteventura, dejó de tener interés militar. Ubicado en uno de los lugares menos amables de Lanzarote, deja pronto de hablarse de él. En 1602 no quedaban sino restos visibles. Pero una vez abandonado, aunque se arruinase, sus piedras debían de haber quedado allí. Tal es lo que creíamos al buscar sus restos en aquellos cerros: encontrar en superficie unos montones de piedras más o menos cubiertos por la arena acarreada por el viento y la escasa maleza que permite el clima. ¿Cómo tales piedras han desaparecido y sólo han quedado las partes más bajas de la construcción central, y todavía enterradas por aquellas arenas de origen eólico? El proceso de la ruina del castillo se explica fácilmente. Los muros exteriores del cuerpo central y los del supuesto patio con escasos cimientos, construidos al filo mismo de la pendiente, se

derrumbarían por ésta, por poco que los agentes naturales, el viento especialmente, los socavase, y su caída determinaría la de las bóvedas. Pero el hecho es que estos materiales de derribo no están allí. Sencillamente creemos que han sido utilizados en otras construcciones, y que lo mismo debió pasar más tarde con los que formaron la Catedral de Rubicón.

La piedra no abunda en el lugar, ya que la muy deleznable que forma la masa de los cerros no es apropiada para la construcción, y por lo tanto es muy estimada. Ya hemos dicho que nuestros guías de la zona nos manifestaron que todas las piedras que exhumamos en el castillo, más las que se conservan de la iglesia formando la peana de la cruz, proceden de unas canteras del barranco de Las Pilas. Es probable que las piedras del castillo se aprovecharan primero en la iglesia y construcciones que debía tener anejas, y los últimos restos de aquél y las de ésta, al abandonarse más tarde, pasasen al cercano poblado de Papagayo, situado a unos 600 m al S (en línea recta). La prueba clara de este traslado de materiales nos la ofrece precisamente este poblado de Papagayo. Habitado hasta hace unos diez años, desde esta fecha ha sido progresivamente abandonado, hasta no quedar en él ninguna casa habitada, y toda su población ha pasado a Playa Blanca a 5 km al W. Pues bien, en Papagayo, de muchas de las casas han sido arrancadas todas las piedras que formaban las esquinas y los marcos de puertas y ventanas, y seguramente otras piedras cuya falta no es tan visible, y ahora mismo estas ruinas recientes son cantera de materiales para los habitantes de Playa Blanca. Lo mismo debió acontecer con las construcciones de Rubicón, primero con el castillo, después con la iglesia, hasta sólo dejar *in situ* los restos enterrados, descubiertos ahora, más el pobre montón de piedras de la cruz, erigido en 1868.

La excavación

La excavación consistió en seguir las paredes y luego vaciar las cámaras hasta llegar a los pisos de tierra batida. Por el respeto

que merecían estas ruinas, de tan reducida extensión pero de tan ilustre historia, no se hizo más que una cata cruzando la tierra apisonada del suelo, debajo de la cual apareció la roca natural poco dura. En realidad no se investigó por debajo de las paredes mejor conservadas y sólo se excavó ligeramente al pie de ellas, viéndose que descansaban en el suelo más o menos nivelado pero sin existir verdaderas cimentaciones.

En cuanto a estratigrafía se observó lo siguiente. En contacto con el suelo aparecía una capa de tierra, de unos 5-10 cm de grueso, de color obscuro por contener buena cantidad de materia orgánica; encima venía otra conteniendo una gran cantidad de mortero de cal, lo que la daba una coloración gris blanquecina, con subzonas casi blancas por la mayor abundancia de este material; esta capa era en algunos sitios muy potente, de hasta 40 cm de grosor, en otros tenía menos, sólo 20-25 cm. Encima venía la tierra sumamente arenosa formada por los depósitos eólicos determinados por la proximidad de la playa y el fuerte viento reinante constantemente en estos cerros.

Interpretaríamos estos estratos de la siguiente manera. El primero como procedente de la ocupación humana del lugar, y el segundo como resto del hundimiento de las techumbres (bóvedas y azoteas) y paredes, que al ser aprovechada la piedra determinó el desprendimiento de gran cantidad del mortero de cal que las unió y recubrió. En estos estratos se hicieron algunos descubrimientos interesantes. En el inferior aparecieron escasos fragmentos de cerámica, pero ésta abundaba todavía menos en la capa con cal. Es toda ella cerámica hecha a torno, de origen europeo, ya sea importada ya fabricada en el país, pero siguiendo técnicas no indígenas, que por su fragmentación (no puede adivinarse ni una sola forma) y escasa personalidad no nos atreveríamos a clasificar ni a fechar.¹

¹ Además caen fuera de nuestra especialidad las cerámicas medievales y las de épocas más modernas, pero dudamos que un especialista, de existir, sacase gran provecho de su examen, ya que hemos podido apreciar que los entendidos suelen serlo por lo general en cerámicas decoradas, pero difícilmente en piezas ordinarias.

En el estrato inferior los restos hallados¹ son los siguientes:

Un fragmento del fondo plano de un vaso, con restos por la parte interior de barniz verdoso; debió de ser un vaso de paredes cónicas, con una forma algo así como una maceta; mide 95 mm de dimensión máxima y tiene un grosor de 10-12 mm.

Un fragmento del borde de un vaso de cerámica rojiza, de 45 mm de dimensión máxima y 12 de grueso.

Doce fragmentos, cuyas dimensiones máximas van de 50 a 143 mm, de pasta de color ocre amarillento, que no corresponden a fondos ni bordes, pero pertenecientes a diversos vasos; lo único que puede apreciarse en ellos es la escasa curvatura que presentan, lo que acredita pertenecen en su mayoría a vasos grandes, con grosores de pared de 6 a 11 mm.

En el estrato superior aparecieron cinco fragmentos del mismo grupo y características que los últimamente citados, y otro con barniz verdoso por su cara interna, de 50 mm de dimensión máxima, y muy rodado, tal como aparecen en la playa, de la que es probable proceda.

Otro hallazgo efectuado en el estrato con mortero es el de nueve fragmentos de este material, aplanados y lisos por una cara y en el que van mezcladas piedrecitas negruzcas (volcánicas), más abundantes en la superficie que en la masa; aquélla en la mayoría está bien afinada, pero en otros, entre ellos el de mayor tamaño (121 mm de dimensión máxima), es áspera. Su grosor es de 26 a 50 mm, y diríamos corresponden a un revestimiento, ya sea de una pared o techumbre, ya de un piso, inclinándonos a lo primero por el lugar del hallazgo, muy por encima del suelo.

Pero, por lo menos esta vez, ya que esto no suele acontecer en los yacimientos arqueológicos, más importantes que los hallazgos cerámicos fueron los hallazgos de hierros, que forman un grupo muy interesante y relativamente numeroso, dado lo reducido de la zona excavada. La mayoría aparecieron en el estrato con mor-

¹ También en este nivel se hallaron un cierto número de huesos de animales; algunos son de aves de corral, otros de cabra y, acaso, de cordero. No hemos conseguido una clasificación autorizada.

tero, sin que faltasen del todo en el inferior, y, planiméricamente, donde más abundaban era junto a las paredes del fondo.

Se trata en total de 36 ejemplares, sin contar una decena de fragmentos informes de pequeño tamaño. Todos ellos están herrumbrosos, hasta el límite de ser en realidad masas de óxido cuyas formas revelan las de los hierros de que proceden.

La gran mayoría, 32, son clavos que se puede clasificar en la siguiente forma: 18 que debían ser de gran tamaño a juzgar por el diámetro de sus cabezas, ya que los vástagos, de los que todos conservan restos, están excesivamente rotos para apreciar la longitud que tenían originariamente, bien que se percibe que en la mayoría de los casos eran de sección cuadrangular. Todos son piezas trabajadas a martillo, de las cuales 9 tenían la cabeza cuadrada, con dimensiones de 30 a 43 mm de lado, y los otros con cabeza circular, con diámetros de 26 a 40 mm.

Siguen otros 14 clavos, la mitad de ellos de forma indeterminable, otros con cabeza pequeña, en general circular; de ellos un ejemplar se puede apreciar que tenían 92 mm. de longitud, y otro, torcido, tenía, 72 mm de largo, y la cabeza, circular, 20 mm de diámetro.

Los otros 4 hierros que no figuran entre los clavos son:

Una pieza cuadrada cóncavo-convexa, de 50 mm de lado y 20 de grueso.

Otra pieza de 55 mm de longitud, cruzada al parecer por un vástago.

Finalmente 2 piezas con doble cabeza, una de ellas de 70 mm de largo y la otra de 60; en ambas una de las cabezas es cuadrangular con 35 mm de lado, y la opuesta circular con 30 mm de diámetro (¿pernos de grillete?).

Esta inusitada abundancia de hierros, especialmente clavos, que en su mayoría estimamos destinados a ir clavados en las paredes para colgar en ellos objetos múltiples, y además pesados, a juzgar por el tamaño de muchos de ellos, como armas, arreos, herramientas, etc., tipifican la construcción en que han sido descubiertos, apartándola de la ordinaria habitación campesina. El hecho de que faltan piezas más típicas y voluminosas, como las mismas armas y arreos que de ellos debieran colgar, es natural en

una construcción que no fue objeto de un abandono súbito y violento, sino de otro intencional, en el que no quedaron sino algunos trozos de cacharros rotos y los clavos de la paredes, que cayeron al caer éstas, y que, ya demasiado herrumbrosos, no fueron aprovechados como las piedras de aquéllas.

Los pozos de San Marcial

Uno de los elementos más interesantes del conjunto arqueológico-geográfico de Rubicón son los pozos que han dado nombre al barranco, tomándolo ellos a su vez de la dedicación de la iglesia, y que se abren en su mismo cauce.

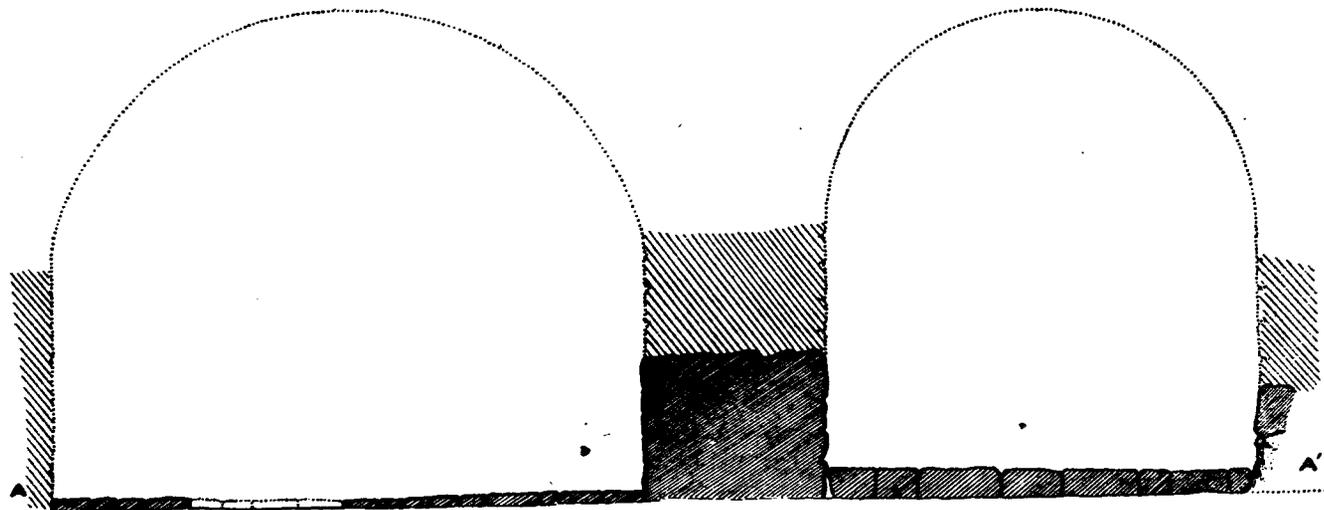
Son en número a lo menos de seis, varios completamente tapados y muy disimulados, sin que se pueda afirmar que todos sean realmente antiguos. Nosotros, a decir verdad, sólo estudiamos uno, y aun de manera harto incompleta, el situado más cerca del castillo y al mismo tiempo del mar, pero que, desde luego, es el más importante y que tiene unas características más notables. Tomamos también algunas notas sobre los dos situados inmediatamente más arriba, y que consignaremos también.

Pozo nº 1. Desde el castillo hasta este pozo hay una distancia que no llega a los 40 m, en pendiente bastante pronunciada, ya que si aquél está en la cumbre del cerro, éste se abre tal como hemos dicho en el fondo del cauce del barranco. Un murete en seco, moderno, pero que puede sustituir a uno de antiguo, defiende su boca, que se abre en una especie de plazoleta horizontal, en la parte de la dirección de las aguas, en el caso de producirse una improbable avenida. No tiene brocal, y sí sólo, a ras del suelo, seis piedras planas, puestas radialmente, que marcan su boca, que tiene poco más de 0,50 m de diámetro. El cilindro del pozo no tiene más de 1,75 m de longitud, ya que a esta distancia de la boca existe una interesante cámara abovedada, llena de agua, a la que se descende, por la parte opuesta, por una rampa cavada en el suelo arenoso y defendida a derecha e izquierda por sendos muros levemente ataluzados, hechos con piedra puesta aparentemente casi en seco y en hiladas muy poco regulares. Esta rampa, abierta, pues,

en dirección opuesta a la circulación de las aguas, estaba al efectuar nuestra visita medio colmada de arena. Agustín de la Hoz,¹ que ha visitado posteriormente el lugar, dice que es «una escalera de piedra de la misma calidad que la de sus paredes o sea tosca cantería de cal y canto». Si es así, la obra, una vez desenterrada, tomaría mucha más prestancia. Lo cierto es que con este descendero se baja al aire libre hasta la cámara citada, a la que se ingresa por un arco de medio punto muy bien construido dentro de una cierta tósquedad de materiales, pero en el que de todas maneras las piedras están bien talladas y perfectamente ajustadas, con la clave mayor que las demás dovelas, lo mismo en grueso que en longitud. Unos 0,30 m por encima de él corre una zona de piedras planas, también bien colocadas, siguiendo más arriba un muro menos cuidado y sensiblemente ataluzado, hasta alcanzar la altura de la citada plataforma en que se abre la boca. Pero el arco en realidad es sólo la terminación de una bóveda muy bien ajustada que cubre esta pequeña cámara de 2,70 m de fondo. Un segundo arco de medio punto que se abre a la derecha comunica con otra cámara abovedada de anchura, al parecer, más reducida, de la que nosotros no pudimos percibir la terminación y, por lo tanto, determinar su profundidad.

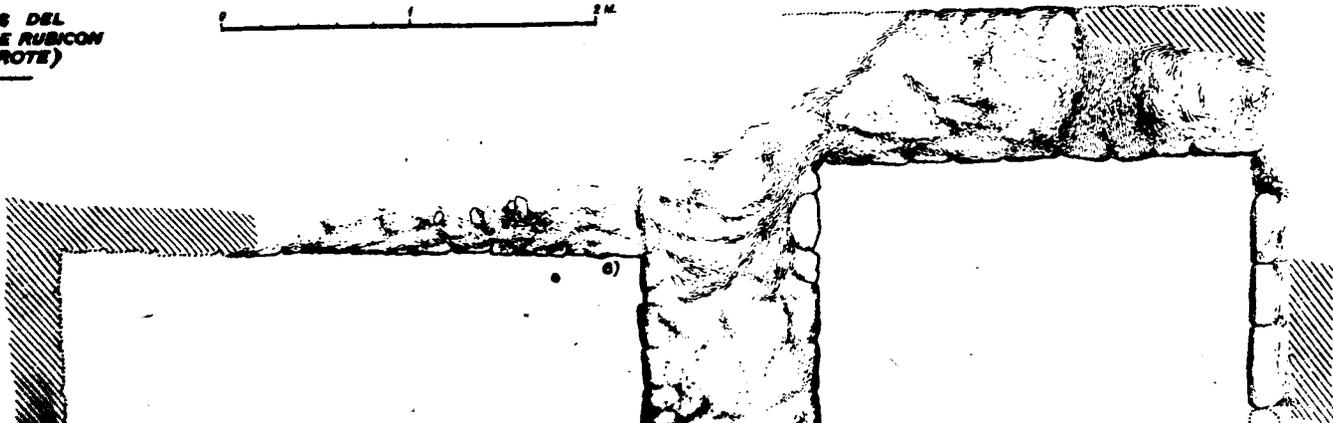
Nuestras medidas no coinciden exactamente con las que da el Sr. La Hoz al describir la primera cámara como «... un departamento rectangular de tres metros por tres y medio...». Aquél, como puede deducirse de la fotografía que publica, destapó más completamente el arco de entrada, que totalmente invisible en el momento de nuestra visita, nos contentamos con descubrir su parte alta, y por lo tanto hay que atenerse mejor a su descripción y medición que a la nuestra. He aquí lo que dice el Sr. La Hoz: «Esta primera parte se comunica con otra a través de un arco de medio punto y es algo más pequeña que la anterior. La segunda, a su vez, comunica con otro tercer hueco, también rectangular, asimismo por un arco de medio punto» siendo sus proporciones

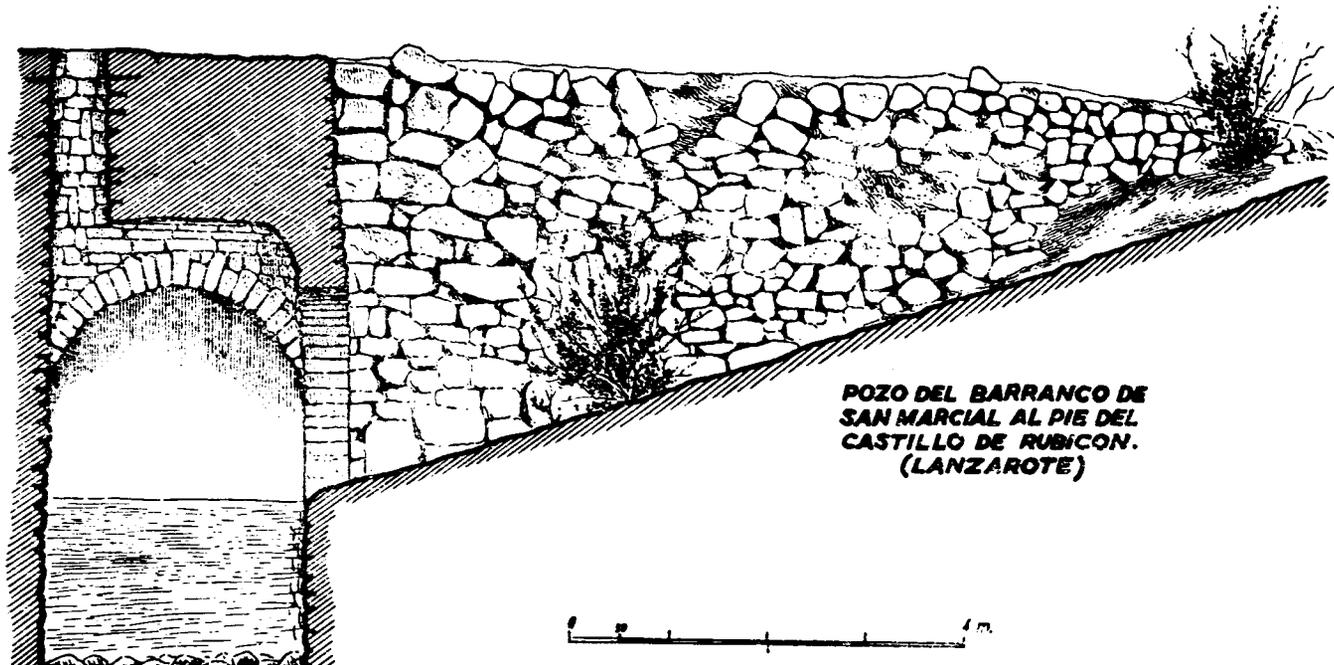
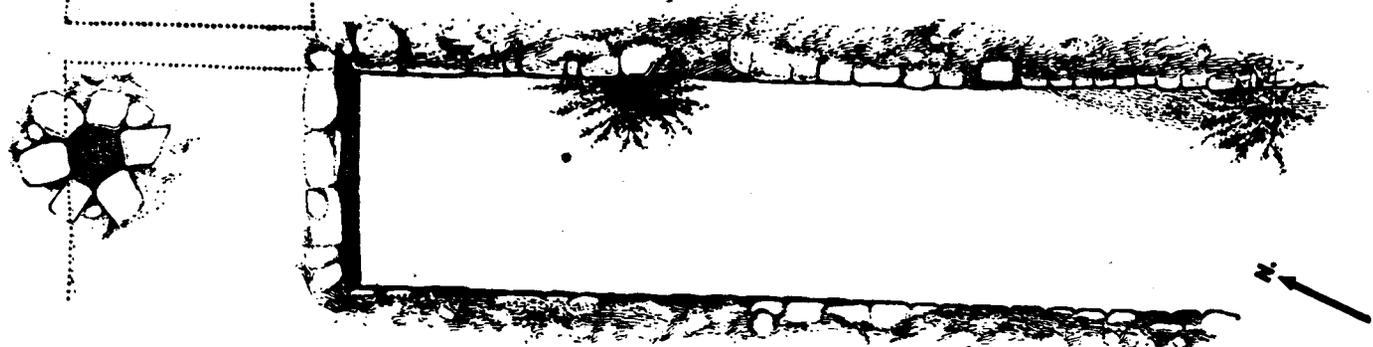
¹ AGUSTÍN DE LA HOZ, *Lanzarote busca su historia*, «Diario de Las Palmas», mayo de 1960. También publicó un estudio de estos pozos don Sebastián Jiménez Sánchez, en el mismo «Diario» (9 y 10 de mayo).



SECCION

RESTOS DEL
CASTILLO DE RUBICON
(LANZAROTE)





**POZO DEL BARRANCO DE
SAN MARCIAL AL PIE DEL
CASTILLO DE RUBICON.
(LANZAROTE)**

idénticas a los de la segunda habitación, pero con la particularidad de que en su pared de naciente luce un nicho a modo de retablo (foto que por falta de *flash* no se pudo tomar)».

Este nicho opinamos que es probable no tenga más finalidad que colocar en él una luz para limpiar este subterráneo inundado u otra igualmente utilitaria, tal vez constructiva, que sin más detenido examen, y acaso aun con él, resulte difícil de precisar.

Coincidiendo con La Hoz, cremos no hay duda de que la rampa o escalera tenía por finalidad convertir el pozo en cómodo abrevadero para el ganado. El nivel del agua viene a coincidir aproximadamente con el extremo de la rampa, de manera que si aquél es constante o representa un mínimo en la forma que lo vimos nosotros, las condiciones para abrevar las bestias eran perfectas. Una medición rudimentaria nos dio una capa de agua de cosa de un metro y medio.

Tenemos pues en total una construcción muy perfecta y hasta cierto punto complicada, en la que se utilizó ampliamente el arco y la bóveda y en la que, probablemente, Jean le Maçon puso a contribución todos sus conocimientos técnicos. Por el hecho de ser subterránea se ha conservado en excelente estado. Aquella perfección se explica por cumplir en la vida de Rubicón una finalidad primordial, tanto que sin la existencia de esta vena de agua en el barranco¹ y su aprovechamiento, la torre no habría podido establecerse, ya que no hay que contar con la utilización de cisternas, de construcción mucho más difícil, puesto que precisa impermeabilizarlas y, además, de nula utilidad en un país en el que las lluvias son tan escasas, que aquéllas jamás llegarían a colmarse.

¹ Tenemos, me refiero al redactor de estas líneas, un conocimiento sumamente imperfecto de la hidrología de Lanzarote, y por lo tanto no sabemos si es una cosa general que en los barrancos afloran, en la proximidad del mar, aguas más o menos salobres, pero de todas maneras utilizables, mediante la apertura de pozos poco profundos como éste. El agua que proporcionan los de San Marcial es algo salobre, pero se puede beber perfectamente; y los animales, concretamente las cabras, la beben con gusto. Un complemento del estudio de Rubicón sería obtener agua de los diferentes pozos y analizarla. Acaso de ello podría deducirse algo que explicase la multiplicidad de los mismos.

De esta afirmación, de que la vida en Rubicón sólo era posible mediante el agua de estos pozos, creemos puede deducirse su antigüedad y contemporaneidad con la construcción del castillo y la iglesia. La primera cosa de la que debieron preocuparse los conquistadores fue disponer de agua, y es probable que su primera actividad fuese cavar un pozo en el cauce del barranco.

Los otros dos pozos que examinamos están situados aguas arriba del primero y ofrecen pocas particularidades. El nº 2, a 42 m, es un simple cilindro revestido, carente igualmente de brocal. Junto a él se encuentran los trozos de una gran pica circular de piedra, rota intencionadamente en época moderna, con la finalidad, según nos fue dicho, de evitar que se utilizase como lavadero. El nº 3, emplazado 60 m más arriba del 2, se distingue porque en las piedras que, a ras del suelo, forman la boca, se notan profundas entalladuras formadas por el roce de las cuerdas que han frotado sobre ellas al descender cubos en busca del agua. Estas señales no faltan en los otros pozos, pero son menos visibles. También en él hay restos de una pica rota.

En la actualidad las bocas de todos los pozos de San Marcial están cuidadosamente cubiertas con piedras para evitar se caiga en ellos alguna de las pocas cabras que andan por los cerros de Rubicón. Creemos que ahora su utilidad es más bien escasa, por lo despoblado de la zona, pero el respeto que el agua ofrece en un país eternamente sediento hace que sean conservados en buen estado.

Para el estudio creemos sería conveniente explorar con mayor detención el primer pozo, donde acaso sería incluso conveniente achicar totalmente el agua para trazar con exactitud su plano y alzado e incluso ver, como acontece en todos los pozos, si se hallan en su fondo, estratigráficos, restos de los cacharros que en él hayan caído a lo largo del tiempo.

No queremos terminar estas notas sin manifestar nuestro agradecimiento por la ayuda prestada a nuestros trabajos al Excmo. Cabildo Insular de Lanzarote, y en el orden particular citar los nombres de don Eugenio Rijo, don Rafael Cabrera, don Gerardo Morales y don Estanislao González, que en diversas ocasiones nos acompañaron y colaboraron con nosotros, haciendo todavía más grata nuestra estancia en la Isla.